

■ GRACIELA SALAZAR REYNA

Jugaste Juana de Asbaje el más áspero placer humano, insaciable
Unir entendimiento al empeño nato del Fénix, pluma en ristre, al fin
Asida siempre de tus volcanes con ímpetu vigilante desde la celda;
Nepantla y Amecameca pintaron el cielo de tu niña pasión enamorada
A los tres años leyendo, escribir y sumar a los cinco, ocho, rimando ya

Indigna luego, según tu juicio ¿dónde aprendiste a malquererte, Juana?
Nadie quiso decirte que eres más, por mucho, más que una pobre monja;
Endemoniada sí, terriblemente sola, procurando saber en silencio, ruin
Salvaguada tramposo en aras de impostada virtud obediencia sumisión

Desatados verdugos inquisitorios, torpes vejadores del ardor vital, metidos
Entre ceja y ceja en el corazón del cisne, todos los días de la humanidad,

Ladrones de la esperanza de libertar, por encima de los dogmas, la creación
Animada en Copérnicos y Galileos, da Vincis y Jaras, Violetas y Sor Juanas;

Claraboyas del sentido que sin prohibición saborean el bien de las estrellas
Reverdeciendo: *Primero sueño*, vivo, amo, descubro, soy, noche y mañana
Urgida de volar donde si las sombras llegan refresquen el fuego en la razón;
Zahondar, por gusto, en la boca del viento que empuje las ganas de imaginar,

Madre Juana, con sólo tu *Respuesta...* a Filotea tuviste, en un tris, la gloria
Orfebre genial de la palabra “como quien hace lo que hacer no quiso”.
Natural, de natural apego, nacíate por los ojos el sol del claustro, libre manía
Jurisdicción no obstante apenas defendible no existe al cabo, fuera de soñar.
Ay de ti pagaste con “justo temor” lo que no debías. ¿Y cómo saber por qué?

Musa discreta y dolorida ¿dejaste cuándo de forcejear con las noches?
Empeñaste tu sangre olvidaste tus libros los recuerdos amigos y la música
Xilófono pianillo teponasclres caracoles claves o cascabeles que te movían
Insomne brillantéz abriéndote los rincones en espera de nacer un día
Cósmico reflejo de aquel sueño donde los hábitos no pesaban como loza
Aún, ni el tiempo venía tan cerca sujeto al reloj que perdió los brazos.
No importa ya si el pelo crece antes de saber que “privarse causa el apetito”;
Ahora, cuelga del desengaño, lejos de la aspiración que permitió ser y existir.

GSR

De las flores
esperamos que tengan perfume
de los hombres, educación

Hace cien años, el 8 de marzo, se celebró por primera vez en el mundo el Día Internacional de la Mujer, erigido como tal en 1952 por la Organización de las Naciones Unidas (ONU). Entre los que preguntan de qué se trata y quienes saben más del asunto cabe señalar que es, sin duda, una oportunidad de reflexión sobre los avances conseguidos en derechos y equidad para las mujeres; y por qué no, emulando a aquéllas que actuaron valerosamente, propiciar acciones generadoras de cambios.

Es trascendente la participación que puebla la historia del activismo de las mujeres, exigiendo mejoras laborales para el propio género y de los niños trabajadores, los cuales han sido siempre más desprotegidos. Hubo que pagar con fatigas, marchas, huelgas, encarcelamientos, persecución y muerte, cada uno de los logros que hoy, por menores que parezcan, brindan otras condiciones de vida. Claro, debieran ser mejores, sin discriminación, pobreza ni violencia.

Valga, igual, preguntarse si hacemos que la vida propia y del prójimo —ceranos o distantes en parentesco— sea de mayor calidad cada día con relación a la vivida hace cien, cincuenta o más años. Me cuestiono, pensando en una acción que recientemente ha dado la vuelta al mundo en “El tren de las moscas” (elpaís.com, 2010), cautivante, por cuanto evidencia el lado generoso de los humanos. Véanlo y platiquen. Se trata de un corto filmado en Amatlán de los Reyes, Veracruz; sus personajes viven, son mujeres sencillas que actúan de modo extraordinario.

El acróstico, en *LeesLeo*, es mi tributo a Sor Juana Inés de la Cruz (1648-1695); quien, pese a la hostilidad de una época inquisitoria, fue y sigue siendo fértil. Con Clara Zetkin (1857-1933) muchas otras mujeres anónimas engrosan la lista para celebrarlas conociéndolas, leyendo y multiplicando sus frutos; incluso, más cercanas y conocidas, como Sandra Arenal, Marínés Medero y Marcela Cisneros que partieron pronto.

gracielasreyna@hotmail.com

EXHUMANDO LETRAS

■ NÉRVINSON MACHADO

Un puñado de poemas

Ikkyu Sojun; Editorial Universidad Autónoma de Nuevo León; 2010; traducción Aurelio Asiain.

Cuando el japonés Tsurayuki declaró que “la poesía podía confortar el corazón de los feroces guerreros”, no tenía en cuenta que sus palabras abarcarían a hombres mucho más sensibles y con lazos religiosos que, como el caso de Ikkyu Sojun (1394-1481) —monje Zen y crítico de la burocracia clerical—, harían de la lírica un culto a la sexualidad.

Mientras que en Occidente el renacimiento aún no se deslastraba del todo del cristianismo ortodoxo, hundido en el mojigatismo y el estilo; el Oriente, en cambio, a través de Sojun, era directo, visceral y erótico hasta la médula. Ikkyu Sojun encontró su camino hacia la fe en el sexo, bajo un delicado pulimento estético. Occidente buscaba recurrir a seres sobrenaturales para encontrar su fuente de inspiración e intentaba traer de nuevo a la tierra a los dioses o musas sobrenaturales. Nuestro monje, en cambio, creía que la lírica no está fuera del alcance humano o de lo humano, menos aun fuera de la piel. Nos sugiere la fugacidad del tiempo y que las cosas de este mundo no son de fiar: “*Nos les hablamos/ de la Ley a las flores/ de primavera,/ pero caen y se esparcen/ y regresan al polvo*”. Versos que nos permiten notar su religiosidad a través del antiintelectualismo Zen.

Algo típico de la poesía nipona —como lo fue el latín para Europa antes de que Dante diera una licencia distinta— era que se escribía en chino. A lo que no escapó Ikkyu Sojun. Aun así tuvo sus propios matices que dejó un camino abierto a lo onírico de nuestros días: “*Vine a nacer/ en un mundo de sueños,/ igual que un sueño*”, como tantas de las páginas que nos ha legado.

El XIX en el XXI

Christopher Domínguez Michael;
Sexto Piso; 2010.

Hacer una reseña de alguien que hace reseñas siempre resulta algo peligroso. Sobre todo si el autor crea una obra semejante a ese ser hecho de partes de otros cuerpos, que malamente se le ha llamado Frankenstein. Christopher Domínguez Michael nos transfiere a su mesa de operaciones y nos deleita con su mirada minuciosa sobre varias de las partes más importante de la

escritura del —y sobre el— siglo XIX, esbozando en 34 ensayos de verdadera ambición literaria la forma de un monstruo que invita a desafiar el tiempo a través de la crítica y el conocimiento.

El libro, de una prosa ágil y erudición literaria profunda, bien podría ser visto como una novela de un tenue hilo conductor metaliterario. Crea su propio canon y desde ahí nos introduce los *Románticos*, como si quisiera decirnos que esa desconfianza que ellos mantuvieron en su presente es lo único que nos puede garantizar la búsqueda futura en su libro *El XIX en el XXI*. De ahí que su segundo capítulo estén considerados autores como los rusos Tolstoi, Dostoieski y Chéjov, el francés Victor Hugo, el alemán Karl Marx, entre otros, como parte de los *Reformadores*. Aunque no dejo de pensar en la ausencia de otros pensadores alucinantes, tanto de vida como de prosa, como los anarquistas Kropotkin o Bakunin, que muy bien pudieron terminar de configurar el corpus de esta parte. El tercer capítulo, titulado los *Decadentes*, incluye a Marguerite Eymery (Rachilde), Orwell, Manuel Acuña o Machado de Assis; autores que tuvieron de connotación la sentencia del progreso. Termina con los que considera —no sin razón— *casi contemporáneos*, seres audaces que excedieron por mucho a su época al igual que dos siglos atrás lo había hecho Laurence Sterne. Me gustaría terminar con esta frase que el mismo Domínguez Michael nos regala en su obra: “*Si todos los fines de siglo se parecen, quizá convendría averiguar cuál será la nuestra*”. Aunque apenas le estemos dando inicio a éste.

